

Prefacio

E*l hombre que amó a Jane Austen* personifica un sueño. Es una fantasía vivida a través de la noche de los tiempos, en la que Darcy, el enigmático protagonista de *Orgullo y prejuicio*, es finalmente desenmascarado y Jane, la mujer que lo creó, revela el secreto de su verdadero amor.

Pero no te equivoques, no es más que un sueño. El sueño de Mike y el mío. No el de Jane Austen. Y aunque nos hayamos tomado unas grandes libertades con la vida y la época de la ilustre autora, nos gustaría creer que Jane, de todas las personas, nos entendería. Y que al descubrirse representando el codiciado papel de una protagonista romántica, incluso nos recompensaría con una sonrisa.

Esta obra agrupa tres volúmenes, tal como los libros de Jane Austen se publicaron. Durante la época de la Regencia los libros se hacían a mano, por eso para que fueran fáciles de imprimir, encuadernar y publicar, las obras de esta novelista se publicaron en tres volúmenes. En esta novela, *El hombre que amó a Jane Austen*, hemos incluido los tres tomos de nuestra fantasía.

Prólogo

Chawton, Hampshire
12 de mayo de 1810

A la esbelta joven que recorría apresuradamente el solitario camino del bosque en las lindes del pueblo de Chawton, aquella noche, parecían resultarle indiferente las gotas de rocío que salpicaban su cabellera, y que humedecían los hombros de su ligera capa.

Por la tarde había llovido; en el bosque había caído un fuerte chaparrón primaveral que no había durado más de diez minutos. Y aunque la lluvia había cesado antes de cubrir el camino de fango, seguían aún cayendo de las hojas de los árboles gotitas que brillaban como piedras preciosas bajo la fría luz de la luna.

Mientras Jane atravesaba el silencioso bosque, imaginó el escándalo que estallaría si algún vecino se topaba con ella en aquel solitario paraje. Pues ella era una joven respetable y decente, la hija soltera de un clérigo que tenía contactos con familias aristócratas, la hermana menor del propietario de una gran alquería de la que el pueblo dependía. Lo cual hacía que aquella incursión a media noche fuera más extraña si cabe, porque Jane hasta entonces nunca se había atrevido a pensar siquiera en tener una aventura como la que acababa de embarcarse.

Y, sin embargo, ahí estaba ella, deslizándose como un fantasma por el oscuro bosque, para ir a encontrarse a escondidas con un hombre —un misterioso y posiblemente peligroso varón— al que sólo

hacía cinco días que conocía. Rezó para que estuviera en el lugar donde habían quedado, tal como él le había prometido. Y sintió que el corazón le palpitaba con fuerza sólo al recordar lo que le había prometido compartir con él aquella noche. Ella, que hacía tanto tiempo que había perdido toda esperanza de encontrar un amor algún día.

Tenía treinta y cuatro años —era una solterona que llevaba una vida de lo más corriente en la casa que su cariñoso hermano le había proporcionado y que compartía con su hermana mayor y con su anciana madre. Y hasta sólo veinticuatro horas antes, nunca había conocido las caricias de un amante.

Pero la noche anterior las cosas habían cambiado. Ahora Jane sólo quería estar otra vez con aquel hombre. Porque él había vuelto a despertar sus sueños de adolescente de amor y romanticismo, todos aquellos encantadores sueños que había conservado cuidadosamente en las incontables hojas de papel de vitela prolijamente escritas que guardaba en el fondo de un arcón.

Sabía muy bien que ir a reunirse con aquel hombre en medio de la noche era una locura. Pero sin embargo, se recordó a sí misma, la locura había sido el distintivo de su breve aunque intensa relación, una relación abocada al fracaso desde el principio. Porque ella no podía irse con él y él no podía quedarse.

Y si alguien los descubría, estaba segura de que el escándalo y la desgracia serían su única recompensa.

Pero el amor es ciego. Y a Jane no le importaban las consecuencias que podía traerle. Porque para ella los riesgos que estaba corriendo al irse a encontrar con su reciente amante aquella noche no eran nada comparados con el pavor que sentía al ver que iban pasando los años sin que hubiera saboreado el amor.

Al cabo de algunos minutos llegó al borde del bosque que delimitaba la extensa pradera. El verde prado, cubierto ahora de las volutas de la neblina heladas bajo la luz de una luna casi llena, parecía de otro mundo, era como uno de los paisajes de los cuentos de hadas que ella estaba imaginando siempre en sus sueños. Jane merodeó al final del

camino como un ciervo asustado, oculta en la oscuridad de la noche bajo los goteantes árboles, esperando a que él apareciera.

De pronto escuchó al otro lado de la pradera el ruido amortiguado de los cascos de un caballo. Intentando calmar su corazón, que palpitaba loco de alegría, Jane se apartó audazmente de las sombras que la protegían y salió al claro, ansiosa por no perder un solo instante de aquel breve tiempo en el que estarían juntos.

El jinete fue emergiendo lentamente de la neblina. Al descubrir a Jane avanzando por la hierba, cambió el curso de su magnífico semental negro para interceptarla. En cuestión de segundos hizo parar al caballo y se detuvo junto a ella. Su rostro estaba oculto bajo el ala de un alto sombrero y ella fue corriendo a su encuentro mientras él desmontaba.

—¡He rezado para que vinieras! —exclamó Jane riendo, preparada para echarse en sus brazos.

Pero en lugar de la alegre respuesta que esperaba oír, el jinete se sacó nerviosamente el sombrero con un amplio gesto para saludarla. Al quedar su corriente y moreno rostro bañado por la luz de la luna, ella descubrió mortificada que no era la persona que tanto esperaba ver, sino un torpe y joven sirviente llamado Simmons.

—¡Lo siento señorita! —tartamudeó nervioso el mensajero—, el caballero ha tenido que irse precipitadamente después de la llegada del escuadrón. Me pidió que le dijera que no podría venir esta noche.

Jane sintió que se ruborizaba al ver la expresión interrogante del sirviente. Su amarga decepción por la fallida cita se transformó en un repentino miedo, porque el joven Simmons era el mozo de cuadra de los establos de su hermano y ella se preguntó cuantas cosas sabría... o diría.

—¡Oh... ya veo! —exclamó Jane intentando que su voz no delatara su agitación y preguntándose por qué se estaría imaginando el sirviente que ella había ido a la solitaria pradera a unas horas tan intempestivas.

—¡Gracias, Simmons!

El joven y honesto rostro del mozo no dejó traslucir ningún signo de que pensara que aquella situación era extraña o escandalosa. Se

metió la mano en el bolsillo de su sobretodo y sacó una carta doblada y sellada con cera.

—Es para usted, señorita —tartamudeó inclinándose ligeramente y entregándole la carta.

—¿De él? —preguntó ella dejando de fingir estar calmada. Aceptando ansiosamente la carta, intentó leer la dirección bajo la tenue luz.

—No, señorita. Es la carta que usted le envió —repuso Simmons—. El caballero se ha ido antes de que yo pudiera entregársela —se apresuró a explicar. A Jane le pareció percibir en su voz un dejo de compasión.

Simmons hizo una pausa, como si estuviera considerando cuidadosamente las siguientes palabras que iba a decirle.

—En la casa de su hermano ha habido un gran jaleo —prosiguió finalmente—. Pensé que querría recuperar la carta que le envió...

Jane se la metió en los pliegues de la capa y miró a Simmons, comprendiendo que había encontrado en aquel joven un aliado que no traicionaría su imprudencia.

—Gracias Simmons —dijo ella de nuevo—. Ha sido un gesto muy bonito por tu parte.

Ella dudó, sintiéndose un poco violenta, sabía que aquella clase de lealtad debía recompensarse.

—Me temo que en este momento no llevo dinero encima... —empezó a decir. Pero antes de sugerirle que al día siguiente podría darle algo, Simmons la interrumpió agitando una de sus grandes y toscas manos.

¡No se preocupe, señorita! —la tranquilizó el joven mozo con dignidad—. No he venido para ganarme un dinero. El caballero fue muy bueno conmigo mientras estuvo en la mansión de mi patrón. ¿Quiere ahora que la acompañe a casa, señorita? —le preguntó en un tono más bajo al tiempo que sus anchas facciones se iluminaban con una gran sonrisa.

—No, gracias —repuso Jane con una voz que reflejaba que pronto se echaría a llorar—, sólo es un corto paseo. Has sido muy amable conmigo.

Simmons se inclinó de nuevo y, tras dar un paso hacia atrás, se puso el alto sombrero y subió al lomo de su caballo negro. En cuanto estuvo sobre la montura, miró a Janne y acercándose para que sólo ella pudiera oírle, le dijo:

—Es una persona increíble. El mejor caballero que jamás he conocido.

Jane asintió con la cabeza en silencio, sintiendo que unas cálidas lágrimas afloraban a sus ojos y preguntándose qué poderes mágicos tendría su misterioso amante para causar una impresión tan buena a un simple chico del campo. Porque de pronto se le había ocurrido que Simmons también estaba corriendo un gran peligro, ya que se había escabullido a altas horas de la noche de las caballerizas de su hermano y se había permitido convertirse en un instrumento de su romántica conspiración.

No le dio tiempo a seguir reflexionando, porque el caballo negro estaba ya golpeando con los cascos el suelo, impaciente por regresar a su caliente cuadra.

—¿Cree que el caballero volverá algún día, señorita? —le preguntó Simmons en un susurro que apenas se oía por encima de los resoplidos del animal.

Jane sacudió la cabeza lentamente.

—Me temo que no, Simmons —repuso ella—. Ahora es mejor que te vayas, antes de que te echen en falta.

El sirviente enderezándose, tocó el ala de su sombrero en un gesto de despedida, hizo dar media vuelta al caballo y se alejó cruzando la pradera. Jane se lo quedó mirando hasta que desapareció en medio de la neblina.

Al levantar la cabeza para contemplar la luna descendiendo, una brillante lágrima se deslizó por su mejilla.

—¿Así es cómo ha acabado? —le preguntó al cielo cubierto de nubes.

Volviendo al bosque, fue corriendo hacia los árboles y siguió de nuevo el mismo camino iluminado por la luz de la luna por el que había llegado. Al cabo de poco apareció a través de los árboles el oscuro contorno de una gran casa de piedra. Una de las ventanas del

piso de arriba estaba iluminada con una cálida luz y Jane supo que Cassandra estaba despierta y que había descubierto que ella había salido.

Tras cruzar el amplio prado que había detrás de la casa, entró silenciosamente por una puerta de madera baja. En el interior la cocina estaba iluminada sólo con el resplandor de las brasas de la chimenea. Atravesando lo más rápido posible el desgastado suelo de piedra, se sacó la capa y la colgó cerca de la chimenea para que se secase. Después cogió un candelero de cobre que había sobre el mantel y encendió la vela con una brizna de la escoba de paja. Jane, deteniéndose lo justo para limpiarse las lágrimas, se fue de la cocina y recorrió un oscuro pasillo que llevaba al centro de la casa.

En cuanto llegó al pie de la amplia escalera principal, oyó el sonido de unos pasos y vio el brillo de otra vela parpadeando en el rellano de arriba.

—¿Jane, eres tú? —le preguntó Cassandra con sus espesas trenzas doradas cayéndole sobre los hombros del camisón, plantada mirándola desde el oscuro hueco de las escaleras, con sus suaves facciones llenas de preocupación.

—¡Sí, Cass, ahora subo! —le repuso Jane.

Esforzándose por esbozar una alegre sonrisa, Jane se apresuró a subir las escaleras. Al llegar al rellano superior se encontró con su hermana mayor mirándola con una auténtica sorpresa.

—¡No me digas que has salido a estas horas! —exclamó Cassandra—, es más de medianoche.

—¡Me apetecía dar un paseo bajo la luz de la luna! —repuso Jane pasando rápidamente junto a su atónita hermana y dirigiéndose directamente a su habitación.

—¿Bajo la luz de la luna? —exclamó Cassandra, que siempre sabía cuando Jane le mentía, interceptándole el paso y obligándola a mirarle a sus serios ojos grises—. Jane, ¿qué has estado haciendo?

Jane se encogió de hombros, intentando infundir un tono despreocupado a su voz.

—He oído decir que Lord Bryon alaba mucho la luz de la luna cuando corteja a una musa —repuso alegremente.

—Y yo he oído decir que el perverso y joven lord sale por la noche sólo para cortejar a damas de dudosa reputación —replicó Cassandra—. ¿Qué has estado haciendo, hermana?

De nuevo Jane sintió que estaba a punto de echarse a llorar y sacudió la cabeza tercamente.

—No he estado haciendo nada dudoso ni malo —al decirlo entrevió en su mente las atractivas facciones del hombre con el que se había ido a encontrar—. No he tenido la oportunidad —murmuró con pesar.

Cassandra se quedó boquiabierta. Pero antes de poder dar con las palabras adecuadas para expresar lo sorprendida que estaba, Jane la besó en la mejilla y la empujó un poco para poder pasar—. ¡Buenas noches, Cass! —murmuró al llegar a la puerta de su habitación.

El rostro surcado de arrugas de Cassandra se suavizó y miró a su hermana pequeña con preocupación.

—Querida Jane, sabes que puedes confiar en mí —dijo en voz baja—, por favor, dime ¿qué ha ocurrido?

—¡Oh, Cass, no estoy segura! —respondió Jane sintiendo las saladas lágrimas rodándole por las mejillas—. Quizás al final me han roto mi alocado corazón —dijo sorbiéndoselas y logrando esbozar una ligera sonrisa—. He de reflexionar en lo que me ha pasado, mañana por la mañana te lo contaré.

Sin decirle nada más, entró en su habitación y cerró con firmeza la puerta tras ella, dejando a la intrigada Cassandra sola en el pasillo.

La espaciosa y alegre habitación que a Jane tanto le gustaba durante el día, estaba ahora iluminada sólo por la luz de la vela y cubierta de sombras. Danzaban pícaramente por el papel floreado y se agazapaban en los rincones de detrás de la cama mientras ella se acercaba al tocador provisto de un espejo que había al lado de la chimenea. Dejando la vela sobre la mesa, Jane se sentó y empezó lentamente a deshacerse el elaborado peinado dejando suelta su brillante cabellera de pelo castaño rizado.

Al terminar, contempló su tenue reflejo en el espejo levantando una pálida mano para tocar el plateado cristal con las yemas de los dedos.

—Sólo una de nosotras es real —le susurró a la otra Jane que la miraba desde el espejo—. La otra no es más que una ilusión. La pregunta es, ¿cuál de las dos soy yo?

Sacándose del vestido la carta devuelta, la dejó sobre la mesa del tocador frente a ella y se quedó mirando la dirección que con tanta pulcritud había escrito hacía toda una vida. Ante las insistentes llamadas de su hermana a la puerta, Jane salió de pronto de sus ensoñaciones.

—¡Jane, déjame entrar! —le suplicó Cassandra—. No podré pegar ojo hasta que sepa qué ha ocurrido.

—¿Qué ha ocurrido? —se repitió Jane en voz tan baja que sólo ella podía oír—. Eso, mi querida hermana, es algo que nunca te contaré.

Al oír que su hermana volvía a llamar, Jane cogió la carta.

—¡Jane! —gritó Cassandra para que la dejara entrar.

—¡Espera un momento Cass! —lanzando un profundo suspiro Jane se alejó del tocador, comprendiendo que no le quedaba más remedio que dejar entrar a su hermana. Desde que eran pequeñas Cass había sido siempre la persona que la había consolado y animado a seguir adelante. Y esto nunca cambiaría, y menos aún ahora que él se había ido.

Sosteniendo la carta, echó rápidamente un vistazo por la habitación tenuamente iluminada buscando un lugar donde esconderla.

—¿Y ahora qué voy a hacer con ella? —se preguntó en voz alta. Ya que no podía revelar su contenido, ni siquiera a Cass, pero tampoco se atrevía a destruirla por el secreto que contenía.

Mientras Cass volvía a llamar con insistencia a la puerta, Jane vio de pronto su preocupado rostro contemplándola desde las brillantes profundidades del espejo.

Primer tomo

Capítulo 1

*Ciudad de Nueva York
En la actualidad*

—¡Oh, como me gusta! —exclamó Eliza Knight aunque no hubiera nadie cerca que pudiera oírla.

Limpió la gruesa capa de polvo del espejo del pequeño y rayado tocador y contempló el plateado cristal. Al verse de pronto reflejada en él se sorprendió y se detuvo para observar unos momentos la borrosa imagen. Aunque no podía decirse que el familiar rostro que le devolvía la mirada fuera exactamente bello, pensó que al menos era ligeramente exótico, con sus pronunciados pómulos, su recta, aunque algo estrecha nariz, y sus carnosos labios. Comprobó que sus ojos negros seguían siendo el rasgo más atractivo, pero también le gustaba su brillante melena negra, pese al largo y lacio corte de pelo que había dejado que su peluquera le hiciera un par de semanas atrás.

Eliza, contemplándose el pelo con una mueca, dio un paso atrás para observar mejor el antiguo tocador de palisandro. Durante la hora más o menos que había estado fisgoneando los artículos que abarrotaban el deteriorado almacén de antigüedades de West Side, presuntamente abierto sólo para «la venta al por mayor», aquel tocador era lo único que le había llamado la atención. Acababa de verlo hacía tan sólo unos momentos, embutido entre una lámpara de pie art

decó y una mesita rosa de estilo Jetsons de formica de los años cincuenta, y le había gustado enseguida.

Apartando la mirada del opaco espejo, Eliza echó un vistazo a las hileras de mercancías cubiertas de polvo esparcidas por todas partes como una mala pintura cubista. Al final vio a Jerry Shelburn tres pasillos más lejos. Al parecer estaba evaluando el estado de una antigua bomba de gasolina con el cristal roto.

—¡Jerry! —lo llamó excitada—, quiero que me des tu opinión. ¡Acércate y échale un vistazo a este tocador!

Jerry había conseguido que les dejaran entrar en el almacén de antigüedades por medio de uno de sus clientes, que tenía un pequeño negocio de transporte de mercancías. Al oírla, le sonrió afablemente y la saludó con la mano. Antes de dirigirse hacia ella con los redondos cristales de sus gafas enmarcadas en metal reluciendo como dos lunitas bajo los fríos fluorescentes del techo, volvió a poner con cuidado la boquilla de latón en la bomba.

Eliza suspiró para sus adentros mientras lo contemplaba avanzando por el laberinto de muebles antiguos, advirtiendo el extraordinario cuidado que ponía en no ensuciarse su impecable jersey Old Navy caqui de algodón. Se habían conocido dos años atrás por medio de un antiguo amigo suyo artista, cuando Eliza buscaba cómo invertir la cartera de acciones que su padre le había dejado. Jerry había acabado siendo un excelente asesor que aumentó el valor del capital de Eliza casi en un treinta por ciento el primer año. Las ganancias acumuladas gracias a la habilidad de Jerry le permitieron a Eliza dar una entrada para comprar el apartamento que también utilizaba como estudio. Y de ese modo se ahorró más de la mitad del dinero que había estado pagando como arrendataria.

Mientras ocurría todo esto, habían empezado a salir y a dormir juntos de vez en cuando. Era una relación cómoda y fácil de mantener por ambas partes. Pero hacía varios meses que Eliza sentía que la relación iba a progresar en algo más serio o a terminar y tenía que admitir que no le importaría demasiado si se terminaba. Sintiendo un poco materialista, se consoló pensando que al menos nunca le había rendido tanto el dinero que había invertido.

Fijándose de nuevo en el tocador, lo arrastró hasta el pasillo y deslizó lentamente sus fuertes manos de artista por la estropeada superficie. Pese a sus numerosas marcas, la vieja madera era cálida y agradable al tacto. Su diseño algo formal y cuadrado le recordaba el de los muebles georgianos que había visto en una de sus guías de antigüedades y se preguntó cuántos años tendría.

—¿Que raro tesoro has descubierto?

Eliza alzó la vista mirando el espejo y vio a Jerry ajustándose las gafas.

—¡Fíjate en el mueble! —dijo apartándose para que él pudiera ver bien el tocador—. ¿No te parece adorable?

—Creía que buscabas una lámpara de pie —se limitó a decirle echando un vistazo al tocador.

—Y así era —respondió Eliza irritada—, pero este mueble me ha cautivado. Tiene un cierto encanto, ¿no crees?

—Mmmmm... —dijo Jerry frunciendo el ceño como si le acabaran de servir un plato de pescado poco fresco mientras se inclinaba para examinar una etiquetita rosa pegada en uno de los lados del tocador que Eliza no había advertido—. Pues los seiscientos dólares que vale no son tan encantadores que digamos —añadió desdeñosamente—. Además, el mueble está en muy mal estado —observó enderezándose y haciéndole un guiño con una expresión paternalista—. Como asesor tuyo en inversiones, te aconsejo que te olvides de él y compres en su lugar la lámpara de pie.

Capítulo 2

Eliza, sintiéndose como nueva después de una ducha bien caliente, se envolvió en su desgastado albornoz y tras cubrirse el pelo con una toalla, salió descalza de la bañera y contempló el preciado tocador, que hacía juego con la desigual colección de muebles antiguos que llenaba la habitación.

—Quiero que me des tu sincera opinión —dijo volviéndose para mirar la figura tumbada despreocupadamente sobre el edredón de retazos de vivos colores que cubría su cama decorada con cuatro columnas de la época victoriana—. ¿Crees que he cometido un terrible error?

Wickham, un gato atigrado gris con sobrepeso y un grave trastorno de personalidad, abrió sus considerables mandíbulas de par en par y bostezó para demostrar su completa indiferencia a la pregunta.

Eliza, sin desistir, cogió el gato en brazos y cruzó la habitación para ir al rincón, junto a la ventana, donde Jerry resentido había dejado el antiguo tocador dos horas antes. El opaco espejo rectangular descansaba en el suelo apoyado contra la pared, junto al tocador. Después de admirar durante unos momentos las piezas que acababa de adquirir, se sentó frente a ellas con las piernas cruzadas sobre la alfombra sosteniendo al gato en su regazo mientras él intentaba escabullirse de su abrazo.

—Creo que el problema que tengo con Jerry y con la relación que mantenemos —le explicó a *Wickham*— puede resumirse en este

tocador. Porque cuando lo contemplo veo algo cálido y bello. Pero Jerry sólo ve un mueble usado. Tú que eres un animal con un gusto tan exquisito, ¿qué te parece, *Wickham*?

Eliza sonrió y le rascó la cabeza al gato, en un punto especial entre las orejas. El felino puso sus ojos amarillos en blanco y se estiró y gimió extasiado.

—¡Yo también pienso lo mismo! —exclamó Eliza satisfecha—. Porque Jerry, a diferencia de ti y de mí, no tiene alma, sólo una mente de contable —dijo liberando a *Wickham*, que saltó de su regazo y fue a tumbarse cómodamente en la alfombra—. Es un mueble encantador —añadió alargando el brazo para acariciar el suave acabado de una de las patas sin rayar del tocador. Necesitaba una limpieza a fondo y aplicarle un poco de aceite de linaza, pero estaba segura de que era muy antiguo.

Mientras Eliza sacaba el único cajón del tocador y lo dejaba en el suelo frente a ella, advirtió que estaba forrado con un descolorido papel rosa de empapelar que aún conservaba su diseño floral. Ignorando el forro, inclinó el cajón para examinar las esquinas exteriores, ensambladas sin clavos.

Las ensambladuras ligeramente irregulares que mantenían unidas las partes del cajón indicaban que se habían tallado a mano, lo cual respaldaba su idea de que el tocador era un mueble antiguo hecho antes de la época en que se fabricaban industrialmente.

Eliza sonrió compungida, porque aunque tuviera razón sobre las ensambladuras, había agotado prácticamente todo el conocimiento que recordaba de las clases nocturnas de la Universidad de Nueva York a las que había asistido dos años antes para aprender a valorar los muebles antiguos.

Al darle la vuelta al cajón para inspeccionar el fondo, recordando vagamente algo que tenía que ver con asegurarse de que los colores de la madera hicieran o no juego o algo por el estilo, el forro rosa cayó revoloteando al suelo y quedó del revés sobre la alfombra.

Wickham, por fin interesado, intentó aplastar el papel. Eliza lo ahuyentó, pero entonces se quedó mirando asombrada el forro al ver

que en la parte de abajo había otra tira pegada de papel amarillento llena de letras impresas negras.

—¡Mira, *Wickham*, un pedazo de... periódico antiguo! —exclamó entrecerrando los ojos para leer las adornadas letras con unas singulares formas—. Escucha —dijo en voz baja, resiguiendo con el dedo índice una frase en negrita que aparecía en la parte superior de la hoja: «THE HAMPSHIRE CHRONICLE, 7 de abril, 1810... ¡Dios mío, es de hace casi doscientos años!

Eliza, concentrada ahora en el pedazo de periódico antiguo, lo dejó con cuidado sobre el tocador y se pasó varios minutos leyendo con curiosidad varias columnas llenas de anuncios de «Pañuelos de seda de la mejor calidad para caballeros», «extractos de carne de buey con propiedades benéficas», «alquiler de carros y transporte» (fuera lo que fuera lo que esto significara) y un montón de otros misteriosos productos con nombres como Poción Femenina Gerlich, termómetros de baño calibrados y artículos de caucho de la India.

Cuando sus ojos se cansaron de leer las curiosas y antiguas letras impresas, volvió a inspeccionar rápidamente el sólido y resistente pequeño tocador. Al arrodillarse junto al espejo e inclinarlo para mantenerlo derecho, advirtió de nuevo con una cierta consternación que la superficie plateada estaba, tal como Jerry había indicado en la tienda, en muy mal estado.

Quitándole importancia alegremente, pensó que aumentaba el encanto del mueble, y al inclinar el espejo hacia ella para examinarlo, se sintió contrariada al descubrir que la madera de uno de los bordes estaba despegada del marco.

—¡Oh, lo que me faltaba! El refuerzo parece estar un poco suelto —le murmuró al gato—. Dame ahora un poco de apoyo, *Wickham*, porque odiaría tener que admitir que Jerry tuviera razón después de todo.

El felino se estiró y maulló.

—¡Gracias! —exclamó Eliza sonriendo—. ¡Lo necesitaba!

Inclinando el espejo hacia ella le dio la vuelta para poder apreciar mejor la parte dañada de atrás. Pero se tranquilizó al ver que sólo estaba despegada unos quince centímetros como máximo—. «Bueno,

no está en tan mal estado como había pensado —dijo—, creo que sólo hay que volver a pegarlo» —y con la uña del dedo intentó levantar el borde de la parte posterior del marco del espejo para averiguar lo despegado que estaba. Al hacerlo algo cayó del espejo y fue a parar a la alfombra emitiendo un suave ruido.

Wickham, atraído por el súbito movimiento del objeto al caer, se lanzó sobre él y se puso a maullar amenazadoramente. Eliza apartó al gato empujándolo y se quedó mirando sorprendida el objeto. Apoyó lentamente el espejo contra la pared, se agachó, y recogió el objeto que había caído al suelo para verlo mejor.

Durante varios segundos se quedó paralizada de rodillas mirando fijamente su mano mientras intentaba reconstruir lo que acababa de ocurrir: estaba sosteniendo un delgado paquete envuelto con un grueso papel de color sepia atado con una cinta entrecruzada de color verde vivo como un regalo de Navidad.

—¡Dios Santo! —susurró, lanzando una ojeada al espejo y vislumbrando su desconcertada expresión.

Algo le golpeó la mano y al mirar hacia abajo vio a *Wickham* peleando resueltamente con el extremo de la brillante cinta. Apartando rápidamente la mano de él, se puso en pie y examinó el paquete con más detenimiento. Vio que había dos rectángulos de papel doblados unidos por la ancha cinta. El de encima era más pequeño que el otro y en él figuraban unas palabras escritas en tinta de color marrón rojizo, pero no pudo leer lo que ponía porque la cinta se lo impedía.

—¡Son cartas! —exclamó.

Al darle la vuelta al paquete vio que la carta más grande estaba lacrada con un material rojo y brillante y supuso que era la cera que se utilizaba en los sellos, aunque era la primera vez que veía una cera cuya consistencia se parecía más bien a la del plástico duro y quebradizo. Intrigada, desató con cuidado la cinta que mantenía las cartas juntas para poder leer la dirección que aparecía en el sobre.

—«Señorita Jane Austen, Alquería de Chawton»... ¡Jane Austen!

Eliza, desconcertada al leer el nombre de una famosa novelista del siglo diecinueve, tuvo que coger aire antes de seguir leyendo el resto de la dirección de la carta. ¡Jane Austen! De nuevo tuvo que de-

tenerse mientras sus inquietos ojos intentaban leerla a toda velocidad dejando atrás a sus temblorosos labios.

—«¡Jane Austen —Sr. Fitzwilliam Darcy, Gran Mansión de Chawton!» —chilló.

Eliza se quedó plantada en la alfombra de su dormitorio durante varios segundos más, leyendo y releendo en silencio las palabras pulcramente escritas en el dorso del sobre más pequeño.

Es difícil definir el tropel de pensamientos que se le agolparon en la cabeza en esos momentos porque, aunque no se considerara una voraz lectora, le gustaba leer: sus lecturas preferidas eran desde los libros de Agatha Christie y Damon Runyon, hasta unos pocos poetas importantes y varios novelistas clásicos.

Y, como tantas otras mujeres, una de sus novelas preferidas era, de entre la media docena de libros desgastados que había en el pequeño estante de debajo de la mesita de noche, *Orgullo y prejuicio*, la intemporal historia que Jane Austen escribió sobre la inquebrantable búsqueda de la señorita Elizabeth Bennet de un amor perfecto.

Lo cual equivale a decir que Eliza Knight sabía precisamente quién era Jane Austen y también Fitzwilliam Darcy, la persona que supuestamente había escrito la carta que ahora tenía en su mano, o al menos quién se suponía que era.

Cogió las cartas y se dirigió a la cama y se sentó en ella. Contemplando su figura reflejada en la ventana rodeada de un halo iluminado por la luz de la luna, dejó volar la imaginación diciéndose: «Y si...» y «Es posible que...» Sonrió. Jerry se reiría de ella y la reprendería por tener semejantes ideas románticas y, por más románticas que fueran, debía reconocer que eran ridículas y del todo absurdas, porque la relación sentimental que sugería la enigmática dirección que figuraba en la carta era absolutamente imposible. Después de todo, Darcy era un personaje ficticio. ¿No era así?

Eliza, mirando a *Wickham*, que la había seguido hasta la cama, dijo:

—Bueno, sólo hay una forma de averiguarlo: ¡leyendo las cartas!

Pese a su bien fundado escepticismo sobre la autenticidad de las cartas, Eliza sintió que el corazón le latía con fuerza y que las manos

le temblaban al abrir el sobre más grande que contenía la carta que Fitzwilliam Darcy había escrito a mano a Jane Austen con unos trazos amplios. La leyó en voz alta:

12 de mayo de 1810

Querida Jane:

El capitán me ha descubierto. He tenido que irme enseguida para poder ocultarme. Pero intentaré hacer todo lo posible por acudir esta noche a nuestra cita. Cuando nos veamos te contaré todo lo que deseabas saber.

F. Darcy

Eliza se detuvo para reflexionar en el significado de aquellas breves frases. Y al volverlas a leer la voz le tembló un poco, porque la carta no era como ella había imaginado. Aunque después de pensar en ello, se dio cuenta de que no sabía exactamente qué era lo que había esperado encontrar en la carta de Darcy: quizá algún florido homenaje romántico, o la declaración poética de un eterno amor a una hermosa dama. ¡Qué extraño! ¿A qué se refería al decir que lo habían descubierto y que había tenido que ocultarse? Quizás en la carta que Austen le escribió encontraría las respuestas.

Poniendo la primera carta detrás de la otra en su mano, examinó la de Austen con un gran respeto. En el sobre aparecía una encantadora escritura femenina y, al darle la vuelta, vio que el lacre seguía intacto y que había una elaborada letra «A» grabada en él. Esta carta nunca llegó a abrirse y quizá nunca se envió. ¿Por qué? Al reseguir las curvas del sello con la yema del dedo, experimentó curiosamente una hormigueante sensación por todo el cuerpo como una descarga eléctrica.

—*Wickham*, ¿te imaginas lo que significaría si la carta fuera de Jane Austen? —dijo mirando al gato, que no le prestó la menor atención porque estaba enfrascado en lamerse con su larga lengua rosada una de sus patas delanteras equipada con unas afiladas garras—. ¡No, claro que no, pobrecito! Cómo podrías imaginártelo si no tienes dos dedos de frente —añadió Eliza lanzando un suspiro.

Contemplando la carta le dio la vuelta una y otra vez entre sus manos. Si era auténtica y la abría, sería recordada para siempre como la estúpida artista que había estropeado un documento histórico.

Antes de quemar las naves, decidió buscar alguna información sobre Darcy, el protagonista ficticio de la novela de Jane Austen. Quizás en internet encontraría las respuestas que estaba buscando.